

las peroratas que se pronunciaban contra el papismo y estaba inundado de escritos que lo atacaban con saña, y se organizaban alborotos del populacho que gritase *No popery* (no queremos Papa). El Parlamento votó en 1854 una ley especial sobre el uso de títulos y trajes y sobre los conventos, prohibiendo á los católicos llevar títulos episcopales de ciudades inglesas, de vestir públicamente hábitos clericales, etc., etc. Pero la tempestad se calmó sin consecuencia grave; la jerarquía, una vez establecida, fué mantenida, y la absurda ley de 1851 fué revocada á los veinte años. El cardenal Wiseman dirigió un manifiesto lleno de dignidad al pueblo inglés, que causó gran impresion; las conversiones aumentaron, y aun en 1851 se convirtieron 33 clérigos anglicanos, y entre ellos Enrique Eduardo Manning, Henry y Roberto Wilberforce. En 1852 Wiseman convocó en Oscott un Concilio provincial, que volvió á reunirse en 1855 y 1859. Sus conferencias públicas y sus escritos ejercieron una atracción poderosa; la prensa católica fué estimulada por él, y en todos los terrenos su fecunda iniciativa produjo obras grandiosas († 15 de Febrero 1865). Enrique Eduardo Manning, igualmente Cardenal desde 1874, emula felizmente sus trabajos y glorias. Miembro muy laborioso del Concilio Vaticano, rebatió enérgicamente con el oratoriano Newman los ataques que Gladstone dirigía á la lealtad de los católicos y á los decretos conciliares. La tendencia ritualista, sostenida asiduamente respecto al reconocimiento de la confesion auricular y de las gracias y ventajas de la vida claustral y á favor del desarrollo de las ceremonias litúrgicas, siguió auxiliando el progreso victorioso de las ideas católicas. Bien que en 1869 el Real Consejo secreto y en 1873 el Parlamento procedieran contra los ritualistas catolizantes y prohibieran sus usos parecidos á los romanos; que se acusara al clérigo Ridschale de San Pedro en Folkeston por haber colocado en su iglesia un retablo con crucifijo y las estaciones del Via Crucis y dado la Comunión á número insuficiente de fieles, y que el populacho estorbara los oficios ritualistas, la persecucion no fué parte sino á hacer aún más decididos á los adherentes á este partido, muchos de los cuales se pronunciaron en 1875 en un manifiesto contra el Episcopado oficial y su erastianismo. Nuevos y grandes pasos señalan en el progreso del catolicismo la fundacion de una Universidad católica libre en Londres, la publicacion de escritos sólidos para ilustrar y edificar, el aumento de los diarios católicos, el establecimiento de seminarios y la ampliacion de los institutos conventuales. Las cuestiones que se suscitaron entre los Episcopados de Escocia é Inglaterra y los regulares fueron felizmente dirimidas en 1881 por Leon XIII, el cual creó tambien las Sedes episcopales de Leeds y Portsmouth.

## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRITICAS SOBRE EL NÚMERO 437.

La Constitucion de Pío IX *Universalis Ecclesiae* de 29 de Set. 1850, Acta Pii IX. vol. I p. 235-246. Wiseman's Manifest oder Appellation an den Rechts und Billigkeitssinn des engl. Volkes in Betreff der Hierarchie. trad. del inglés Regensb. 1851. Butz. Gesch. der Bedrückung der kath. Kirche in England. 1851. Archiv für kath. K.-R. t. 34 p. 3 sigs. Moulang, Card. Wiseman und seine Verdienste um Wissenschaft und Kirche. Zwei Vorträge. Mainz 1865. Rosenthal, II p. 478 sigs.: III, II p. 505 sigs. Coll Lac. t. III p. 895 seq. Newman, Ist die kath. Kirche staatsgefährlich? (contra Gladstone, Die vatican. Decrete in ihrer Bedeutung für die Unterthanentreue), trad. del inglés Freib. 1875. Christenthum oder Erastianismus. Von einem anglic. Geistlichen an Card. Manning. Cf. Germania de 18 de Enero 1876, hoja princ. La Constitucion de Leon XIII *Romanos Pontifices* de 8 de Mayo 1881, Acta Leonis vol. II p. 231. Cf. la carta al cardenal Manning de 4 de Junio de 1881, ib. p. 264. Acta Leonis XIII. vol. I p. 293; vol. III p. 72.

## E. Las ciencias y las artes.

## a. La ciencia eclesiástica.

438. Floreciendo en Inglaterra é Irlanda lozana y abundante la literatura católica, se cultivó con solicitud la apologética, despues de Gother y Challoner, por el vicario apostólico Juan Milner, por Baines, Fletscher, Butler, Howard, Mac Hale, Coombe, por el cardenal Wiseman, por su sucesor Manning, por Tomás Moore († 1832), Wilberforce, Ward, Newman y Arnold en obras científicas ó escritos populares, y hasta bajo el manto estético de novelas y poesías por lady Fullerton, miss Agnew y otros autores. Insignes fueron las producciones del escritor ascético y apologético, el piadoso oratoriano Faber († 1863), cuya simpática pluma expuso profundamente las antiguas verdades católicas de modo apropiado á las nuevas necesidades de la época moderna, y cuyos pensamientos sobre el misterio de la Eucaristía trasportan el alma á la region serena de los gozes celestiales. En la obra sobre «Las costumbres católicas» se dió á conocer por modo excelente el desarrollo que alcanzó la fe católica en la vida, el arte y las ciencias de la Edad Media. El historiador Juan Lingard (nac. en 1771, sacerdote en 1794, miembro de la Real Sociedad de las Ciencias en 1824, † 1851), reveló las falsedades de la historia inglesa y escribió una Historia admirable, que fué traducida á varios idiomas y continuada por de Marles. A la vez que tambien varios protestantes, como Macaulay, Dallas, W. Gobbet, no cerraban los ojos á la luz de la verdad en sus Investigaciones históricas, el irlandés Lanigan prosiguió la relacion de los acontecimientos religiosos de su patria hasta el siglo XIII; Maguire trazó las figuras de los Papas sobre el fondo de la Roma creada por sus manos liberales; Spencer-Northcote guió á sus compatriotas por el laberinto tenebroso de las catacumbas de que brotaron torrentes de luz; Marshall, siguiendo las huellas de Wiseman, demostró la esterilidad de las Misiones protestantes y la fecundidad de las católicas. La Teología bíblica fué cultivada por el cardenal Wiseman, incansable investigador en muchos terrenos del saber, y orador feliz, cuya voz resonaba á menudo por el estruendo de la lucha. Varias revistas católicas, entre las que descuellan la «Dublin Review» y la «Lámpara», defendian

los intereses católicos en bien escritos artículos. Desde 1868 los jesuitas publican la «Month and Catholic Review». Los Estados Unidos figuran honrosamente con los nombres de los arzobispos Kenrick y Spalding de Baltimore, del orador sagrado el arzobispo J. Hughes, de Nueva-York, y del apologeta y periodista Brownson († 1876).

439. También los católicos de Holanda se mostraron muy activos, representados en la prensa por el diario «Die Tijd» y la revista «El Católico». En la Historia se distinguieron los catedráticos Alberdingk-Thijm y Wensing, los presbíteros Habets y Willems, el poeta y orador Broere; en la Moral el franciscano van de Valde, en el Derecho canónico el catedrático de Burgt en Utrecht, y Abbeles en las lenguas orientales. En 1872 los jesuitas holandeses emprendieron la publicación de una revista, lo cual sus hermanos belgas habían ya hecho desde 1852, entre ellos se hallaban los continuadores de la gran obra de los holandistas, especialmente el erudito Victor de Buck († 1876). De Kam, Dumortier y otros produjeron obras históricas; el Derecho canónico era representado por el catedrático Fejje en Lovaina, la Teología bíblica por A. v. Beelen, la Homilética por v. Hemel, la Dogmática, aparte del alemán Jungmann, por Schoupe, Dens, Laforet y el arzobispo Dechamps de Malinas, celebrado también como orador sagrado. La revista católica de Lovaina y algunos diarios velan por los intereses católicos, defendidos con buen resultado por Périn en el campo de la política y las ciencias sociales.

440. Después de las obras apologeticas que continuaron en Francia la tarea acometida por J. de Maistre, Chateaubriand, Bonald, Lamennais, Batain y Frayssinoux, se publicaron todavía varios excelentes trabajos en este género, sobresaliendo los del abate Martinet («Solución de grandes problemas»), el legista Ag. Nicolas («Estudios sobre el cristianismo»), Freppel, obispo de Angers desde 1839, el prelado Ségur, el abate y después obispo Gerbet, los obispos Dupanloup de Orleans y Pie de Poitiers, los arzobispos Landriot de Rheims y Darboy de París, el conde Montalembert († 1870), el oratoriano Gratry, que tanto hizo por levantar los estudios filosóficos, el diputado Keller, el dominico Lacordaire y los jesuitas Ravignan y Félix. Los tres últimos de los autores que citamos, y muchos otros de esta serie de campeones del catolicismo, fueron oradores elocuentes. Por tales se admiró también al cardenal Maury († 1817), al obispo Boulogne de Troyes († 1825), al abate Legris-Duval († 1819), al arzobispo Giraud de Cambray († 1860), á Mulois, Combalot y Sibour, á los oradores sagrados los jesuitas Guyon († 1845) y Mac Carthy († 1833), de Lavigne, Pontelevoy, los dominicos Minjard y Montabré, los abates Coeur, Lefevre, Le Courtier y Deguerry († 1871). La ascética tuvo cultivadores solícitos en Gerbet y Legris-Duval, el oratoriano Pététot y muchos jesuitas, como Drioux y de la Colombière; la Litúrgica en el abate de Solesmes, Próspero L. Pascal Guéranger, conocido también por sus trabajos dogmáticos y otros († 1875). El cardenal Gousset, arzobispo de Rheims, editor de las Actas de los Concilios provinciales de este distrito, fué moralista y dogmático. Mientras que en los seminarios se usaban aun los antiguos tratados de Dogmática de Tournely, Bailly, Bouvier y algunas obras de autores modernos, el capuchino Hilario de París comenzó una «Teología Universal», que ha de representar la Dogmática como centro de todas las ciencias. La Historia de los dogmas recibió nueva luz de las obras de Ginoulhiac, que murió en 1875 siendo arzobispo de Lyon; la de la Iglesia debe nuevas ideas y descubrimientos á Receveur, Jager, Darras, Rohrbacher († 1856), y partes especiales de ella fueron esclarecidas por Picot († 1840), Maret, Darboy,

Hugonin, Blanc, Dom Piolin, A. Baumard, Ratisbonne, el jesuita Daniel y los seglares ingeniosos Ozanam, Créteina-Joly († 1875), el duque Alberto de Broglie, Ch. Gérin, Poujoulat, Capefigue, Veuillot, Montalembert; la Arqueología y la Historia de las artes cristianas hallaron las plumas de d'Agincourt, de Caumont († 1873), Rio, Ch. y F. Lenormant, L. Blant, Clarac, Perret, los jesuitas Cahier y Martin, de Richemont, Cochet, Lacroix y Martigny; á la Historia de las letras dedicaron sus estudios Charpentier, Villemain y Charles Nodier. Muchos escritos y documentos oficiales inéditos fueron publicados por Boissonade y el benedictino y cardenal J. B. Pitta, autor de una historia del Derecho canónico griego. Caillou fomentó el estudio de los Santos Padres por una Introducción, y J. P. Migne arregló ediciones baratas de las obras de los Padres y de otras publicaciones voluminosas.

441. En la Teología bíblica los franceses no ocupan lugar tan preferente, pudiéndose mencionar aquí sólo los nombres de Valroger y Le Hir en París, Glaire (Introducción, 1862), Dutripon (Concordancia bíblica, 1838), Meignan, obispo de Chalons (Vida de Jesús). Las lenguas orientales fueron cultivadas más por seglares que por clérigos. En el Derecho canónico, en la Moral y en la Teología práctica en general, adquirieron renombre el arzobispo Affre de París († 1848), Gaudry, Carrière, Martin, G. de Champeaux, André, Craisson, Bouix, el jesuita Gury, Gaumo, Dupanloup, Guillois, Devie y otros. Las revistas científicas más notables fueron los «Estudios religiosos, históricos y literarios», publicación comenzada por los jesuitas Daniel y Gagarin y continuada por sus compañeros de Orden, la «Revista de las ciencias eclesiásticas», publicada por Bouix, el «Correspondant», apareciendo también muchas disertaciones de importancia histórica y literaria en los diarios políticos, el antiguo «Ami de la Religion», la «Union», el «Univers» y «Le Monde» (desde 1850). Experimentándose generalmente la necesidad de ampliar en diversos sentidos la instrucción que los seminarios clericales daban á sus alumnos, el cardenal Maury presentó en el período en que estaba al frente de la Diócesis de París, el 28 de Noviembre de 1813, una Memoria á Napoleon I, pidiendo en ella que restaurase en su antiguo esplendor la Sorbona, célebre por sus disputaciones, y agregase á ella un gran seminario para toda Francia; pero no halló oídos, si no por otra causa, por los sucesos bélicos. Aunque deseos parecidos se manifestaron aun varias veces, las Universidades católicas creadas en época reciente carecen de la Facultad de Teología, que será preciso añadir á las otras Facultades si han de corresponder á su objeto, como sucede en la Universidad de Lovaina en Bélgica.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 438 Á 441.

Thesaurus librorum rei cathol. Würzb. 1848-1850. 2 voll. Hülskamp y Rump, Liter. Handweiser. Münster 1862 y sigs. Carl Werner, Gesch. der apol. und polem. Lit. t. V. Schaffhausen 1867, y Gesch. der kath. Theol. Deutschlands. München 1866. Compárense las revistas críticas y bibliográficas de los diferentes países y los tratados elementales de las diversas disciplinas, ya que es imposible enumerar aquí todas las obras. P. ej.: sobre la moral, Pruner's Moraltheologie p. 15, Lit. Handweiser 1867 núm. 56-59; sobre el Derecho canónico Wering, p. 15 sigs., Vermer, Gesch. der kath. Theol. p. 602 sigs. Donner Ztschr. für Philosophie und kath. Theologie eund. 9 p. 100 sigs. Sammlung von classischen Werken der neueren kath. Literatur Englands in deutscher Übersetzung. Köln bei Bachem. Faber s

Schriften, en alemán por Reiching, Regensb. bei Manz, Cobbet, Gesch. der protest. Reform, en alemán IV.ª Edic. Mainz 1862. Sobre los Estados Unidos, Kath. Wochenschr. 1857 t. 10 p. 409-411.

442. En España, donde todas las demás ciencias se hallan aun lastimosamente estancadas, la Teología tomística siguió floreciendo, cultivada solícitamente por los dominicos, como el P. Pascal († 1856) y su discípulo, el cardenal Cuesta, Marcial Puig, Fr. Xarrié en Barcelona (1861), y el arzobispo Fray Zeferino Gonzalez, de Córdoba. Escritores teológicos fecundos fueron los sacerdotes seculares Miguel Sanchez y Jacobo Balmes. Este, que nació en 1810 y murió en 1848, produjo ingeniosas obras apologeticas y filosóficas, que fueron tambien traducidas á otros idiomas; trató de conservar para su patria los tesoros de la antigua ciencia católica, mermada por sistemas extranjerizos y la literatura periódica, pero procuró al mismo tiempo asegurar su progreso gradual aprovechando las producciones extranjerias, y dió vigoroso impulso tambien á la prensa católica de su país. Esta era representada por la «Esperanza», «El Católico» y la «Regeneracion» de Madrid, los «Polletos católicos», la «Revista popular» de Barcelona y la «Union de Valencia», como en Portugal por la «Nação». Entre los seglares descollaron los estadistas Donoso Cortés, que nació en 1809 y murió en 1853, orador y escritor celebre, aunque no correcto en cuestiones teológicas, pero siempre noble y leal para con la Iglesia, y José de Castillo y Ayensa, representante de España en Roma en 1845, y la novelista conocida bajo el nombre de Fernán Caballero, Cecilia, hija del alemán que se convirtió en 1813, Juan Nicolás Boehl de Faber.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 442.

Sobre España cf. Möhler-Gams, III p. 547 sig. *Montalambert*, en el Corresp. 25 août 1853 (Donoso Cortés). La enseñanza tomística en España V. de la Fuente. Madrid 1874. Katholik Junio 1876 p. 509 sig. *Hidalgo*, Dicc. gen. de bibliogr. esp. Madrid 1862.

443. En Italia se manifestó con mucha viveza en el campo de los estudios filosóficos el antagonismo de lo antiguo y lo moderno, entre los mantenedores de la antigua tradicion científica y los amigos de sistemas y métodos nuevos. Habiendo encontrado aceptación los sofismas del extranjero y el eclecticismo de los franceses, la filosofía moderna fué defendida con más ó ménos habilidad por Giacomo Leopardi, Vieoate Gioherfi, Anton Rosmini, Alej. Pestalozza, Terencio Mamiani, Pascual Galuppi, Bonelli, Orsi, Ventura y otros. En contra de los siniestros resultados de muchas de estas investigaciones, los abogados de la escuela antigua fueron sosteniendo los principios de Santo Tomás con decision más y más enérgica, en particular el jesuita Mateo Liberatore, cuyos escritos demuestran un gran progreso enfrente del tratado de P. J. A. Dmowski, que aún en 1845 se usaba en el colegio romano, y luego Tongiorgi, Cayetano Sanseverino, Talamo y Cornoldi. Luigi Taparelli d'Azeglio, jesuita de sólida y vasta ilustracion filosófica y estética (1793, † 1862), es autor de un tratado de Derecho natural, muy estimado; trató con espíritu cristiano la Economía Política y unió al conocimiento de las investigaciones modernas la claridad y profundidad de los antiguos. El catedrático J. P. Tolomei en Padua, Emerico Amari, Pl. de Luca, L. Bianchioni sobresalieron en el mismo terreno. La Academia filosófico-médica de Santo Tomás, fundada por Alfonso Travaglini y aprobada por el Papa en 1875, trata sobre todo de

desarrollar y fomentar la Antropología, ajustándola estrechamente á la doctrina de la Iglesia. La Enciclica de Leon XIII de 4 de Agosto de 1879 comunicó nuevo vuelo á los estudios de este género. Así como el principe Buoncompagni, los catedráticos Tortolini, Purgotti, Macini y los jesuitas Carafa y Secchi cultivaron las ciencias matemáticas; las filológicas florecieron bajo los cuidados del abate Peyron, Tomás Vallauri y Marengo en Turin, Parenti en Módena y de muchos jesuitas, entre los cuales no pocos, como Luis Palumbo, adquirieron fama por la gallardía de sus poesias latinas. Mayores trabajos se realizaron aún en la literatura italiana, la explicacion de Dante y Tasso y la edicion de los antiguos documentos de la lengua por Maini, J. Manzuzzi, Bonucci, Veratti, Fr. Zambini y Cavalloni en Verona. El cardenal Mezzofanti, ingenio dotado de talentos asombrosos, brilló como conocedor de más de cien idiomas († 1819). Los oradores sagrados más reputados fueron el teatino Joaquín Ventura de Raulica, el obispo Anton Giannelli de Bobbio († 1846), P. Gatti, A. Zinelli, los jesuitas Finetti, H. J. Grossi († 1856), Curci y otros. W. Audisio compuso una teoria estimada de la elocuencia sagrada, cuya sexta edicion salió á luz en Turin en 1858, y el jesuita Polcari en Nápoles asimismo otra. El carnaldulense Columba Chivavrotti († 1831, siendo arzobispo de Turin) es autor de buenas instrucciones sobre la doctrina cristiana, y M. Capellari, de la misma Orden, publicó una obra dogmática sobre el Primado. Entre los dogmáticos se han distinguido el jesuita Juan Perrone (nac. en 1794 en Chieri, Piamonte, † 1876), autor de la más leida Dogmática y de varios otros escritos; su discípulo Carlos Passaglia, que emuló á Petavio, pero renegó en 1858 de su Orden y de los principios que ántes había profesado, R. Cerciá, los minoritas Bigoni y J. B. Marroco, el capuchino Alberto a Bulsano y otros. Los apologistas más eminentes fueron el obispo Policardi de Faenza, el prelado Nardi en Roma († 1877), Biraghi en Milan, el dominico Jacinto Cella, el capuchino Serafin a Serravezza, los jesuitas Franco, Steccanella, A. Pellicani y varios seglares, entre los cuales deben mencionarse aquí el antiguo ministro sardo el conde Clemente Solaro della Margherita, los condes Avogadro della Motta Emiliano y Costa della Torrè.

444. En estudios bíblicos se ocuparon en Roma el carmelita Vercellone, el catedrático A. Vincenzi, los jesuitas Patrizi y Piancini, en Milan Coriani, en Turin los catedráticos J. Bened. Bardi († 1824) y Casimiro Banaudi. Scavini y A. Ballerini trataron la Moral; sobre el Derecho canónico escribieron el cardenal Soglia, Nardi, Vecchiotti, Vergottini, Anton Cerciá, Vitadini, Vascotti, Ferrante, Pecorelli, Mercanti, el jesuita Tarquini († 1874, siendo cardenal) y el prelado Lucidi. Entre los cultivadores de los estudios arqueológicos é históricos, que alcanzaron gran florecimiento en Italia, se distinguieron Bartolomeo Borghesi (nac. 1781, † 1869) como numismático, epigráfico, cronólogo y arqueólogo; Carlos d'Arco de Mantua y el abate Anton Magrini de Vicenza (ambos en 1872) como historiadores de las artes, y Celestino Cavedoni de Módena († 1865) como arqueólogo, numismático y teólogo. Lugar muy alto ocuparon entre los investigadores de lo pasado Carlos Troya († 1858), el conde Fantuzzi en Rávena, el archivero pontificio Marini, el cardenal Mai († 1854), benemérito por gran número de importantes publicaciones, y los historiadores Garzetti y César Cantù. Asimismo los jesuitas Ant. Ballerini y José Boero, el siciliano Matranga, el catedrático romano Spezi, el abate P. A. Ucelli dieron á la imprenta muchos documentos inéditos, y Tulio Dandolo, Balan y el benedictino Tosti son autores de obras valiosas. Las historias de los Concilios florentino y vaticano que el canónigo Eugenio Ceconi de Florencia

empezó á componer quedaron sin terminar á causa de la promoción de su autor á la dignidad episcopal. Los anales italianos de Muratori fueron continuados por el abate Coppi en Roma, y los de la Orden de Franciscanos por Melchiorri de Cereto y otros. El P. Fidelis á Fanna emprendió una nueva edición de las obras de S. Bonaventura con tanta erudición como crítica sutil. Grandes éxitos alcanzó el jesuita José Marchi († 1860) en la investigación de las catacumbas, pero los sobrepujó aun el eminente J. B. de Rossi, que descubrió el cementerio de Calixto, fijó, ayudado en parte por su hermano Miguel Estéban, con mayor precisión la topografía de la antigua Roma, coleccionó las inscripciones cristianas de Roma y fundó una revista para la Arqueología cristiana. El jesuita Rafael Garrucci se ocupó de las antiguas pinturas en vidrio, cuadros y esculturas, de las inscripciones y de todo el arte cristiano de la época de la juventud del cristianismo. El sacerdote L. Maringola en Nápoles compuso un tratado elemental de arqueología cristiana; las catacumbas y antigüedades de esta capital fueron examinadas por Galante, Demetrio, Salazar y sobre todo por Scherillo. Merecen además ser consignados los nombres de los arqueólogos Biraghi en Milan, C. L. Visconti, Quaranta y Minervini en Nápoles, el conde J. Conestabile, catedrático en Perugia, el cardenal Tarquini, y el del historiador de los artes Fernando Baldanzi (nac. 1789 en Prato, † 1866 siendo arzobispo de Siena). A la vez que los enemigos de la Iglesia, como C. Boggio, D. Carutti, Cibrario, hicieron mucho para la publicación de documentos históricos (el «Archivo storico italiano», etc., etc.) el clero de Italia no se quedó de ningún modo rezagado; pues además de los sabios á quienes dejamos mencionados, rivalizaron con aquéllos los dominicos Marchese y Alberto Guglielmotti, el bibliotecario de S. Marco Valentini, el oratoriano Capececiato, los jesuitas Patrignani y Angelini, éste celebrado tambien como autor de elegantes inscripciones latinas. Estudios históricos inèron escritos por C. Pecorini, Delsignore y Palma, y las versiones de Rohrbacher y Alzog fueron enriquecidas con valiosas adiciones. El abad Pedro Piantoni en Venecia compiló una Enciclopedia teológica; el caballero romano Gaetano Moroni, auxiliado por muchos clérigos seculares y regulares, dió á la estampa un Diccionario de Historia Sagrada, obra de 163 volúmenes, muy útil en muchas materias, aunque prolija en extremo. Hasta el año 1848 Italia poseía pocas revistas, siendo las más notables las «Anales de las ciencias religiosas» que veía la luz en Roma, y «La ciencia y la fe» que se publica en Nápoles. De las muchas que desde dicho año se han fundado, la más copiosa y variada es la que los jesuitas empezaron á publicar en 1845 bajo el título de «Civiltà cattolica», en cuya redacción colaboraban Calvetti († 1855), el elegante hablista y gramático A. Bresciani († 1862), Franco, Steccanella, Curci, Brunengo el historiador y otros escritores reputados de esta Orden. Mas la mayor abundancia se observa en la literatura ascética de Italia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 443 Y 444.

Sobre los filósofos de Italia, cf. Hist.-pol. Bl. t. 6 ll und sonst. Münch. th. Archiv 1843 II. H. 4. Ami de la religion 2 août 1855. Morgott en el Katholik 1873 sigs. Angsb. Allg. Ztg. 15 y 16 de Mayo 1860; 2 April. 1866 Boil. Nr. 92; 27 Aug. 1867 Boil.; 24 Febr. 1873. Chilianum 1873 t. III cuad. 1 p. 28 sigs.

445. En Alemania poderosos obstáculos se oponían á que la ciencia católica se rejuveneciera ó siquiera se conservara: la ruina de muchas Universidades é Institutos de enseñanza y de numerosos conventos que habían sido columnas de sabias

abejas, la influencia del racionalismo y del iluminismo josefino, así como el dominio de los nuevos sistemas filosóficos, la preponderancia de la literatura é ideas protestantes, las disposiciones burocráticas con que se trataba de secuestrar la ilustracion del clero, y si el último, no el menor de todos, la interrupcion casi total de las tradiciones de los siglos anteriores. Desvaneciéndose muchas prevenciones y disipándose muchos errores, las ideas se fueron sólo gradualmente deprimiendo en la mente de los varones que, consagrados á preparar la reforma, vivían aun en el primer período de sus meritorios esfuerzos en parte dentro del ambiente intelectual de los reformadores y de la filosofía protestante de su tiempo; y embargados en todas partes y en todas sus empresas por el desfavor de las circunstancias, no llegaron sino despues de largas luchas ni sin errar algun paso á conocer á fondo y á apreciar en todo su valor las perfecciones de la religion que profesaban. Por una parte, ingenios convertidos de la talla de Fr. L. de Stolberg, Schlegel, Adam Mueller, Phillips y Jarcke; por otra, hombres de edad más avanzada, que en tiempo de mayores adversidades habían guardado el fuego santo del amor á la Iglesia; los catedráticos de Lucerna, Geiger, Widmer, Guegler; los de Maguncia Liebermann († 1844), Nic. Weis, A. Raess, Sailer y varios de sus discípulos; el gran José Goerres, que, desengañado por amargas experiencias, se adhería con amor creciente á la Iglesia; K. H. Windschmann († 1839), que procuraba unir en estrecho lazo y consagrar con el crisma de la religion las ciencias médicas é históricas, la Filosofía y Teología, empujo en el que Ringois le emuló, fueron los que abrieron el camino obstruido, allanaron sus primeras asperezas y estimularon á muchos á seguirles por el nuevo derrotero. Las causas esenciales del renacimiento —señalado ya por el progreso que se nota en las obras de Teología positiva de J. A. Moehler († 1838) y Kleo— que son entre otras las funestas experiencias que se habían hecho con los malogrados ensayos de conciliar la doctrina de la Iglesia con las filosofías imperantes, el estudio detenido de los Santos Padres y de los doctores más eminentes de la Edad Media, cuyas obras, aun poco hacia malbaratadas, volvieron á ser buscadas con afán en todas partes, el florecimiento del arte cristiano, la aproximacion cada vez más cercana al centro vivo de la unidad, cuyas decisiones eran acatadas con mayor prontitud, y por último, la naturaleza y los incidentes mismos de los combates teológicos que en Alemania se libraron, han operado dentro de medio siglo efectos tan maravillosos, que, dejando á un lado sus extraviés, aunque no son pocos, la literatura teológica de Alemania no sólo es más abundante y variada que la de todos los demás países, sino muestra tambien un crecimiento intrínseco constante que la coloca en lugar honroso en el vasto arsenal de las ciencias teológicas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 445.

Sobre las Universidades alemanas Hist.-pol. Bl. t. 72 p. 49 sigs.; sobre Schlegel cf. Staudenmaier, Andenken an Fr. v. Schlegel in der Tib. Quartalschr. 1832 p. 607 sig.; sobre los dogmáticos Heinrich, Dogm. I p. 123. Scheeben, Dogm. I p. 459. Al Schmid, Wissenschaftliche Richtungen auf dem Gebiete des Katholicismus, München 1862. — Gams, J. A. Möhler. Ein Lebensbild. Regensb. 1866.

446. Á la Apologética se dedicaron sucesivamente Kastner, el abad Precht, Brenner, Geiger, Widmer, Alfonso Schwarz, Schwarzhueber, Sambuga, Sailer, el obispo Frint, el párroco Binterim, los catedráticos Dieringer, Doellinger, Ber-

lage, Tosi (en Graz y Viena), los obispos v. Ketteler, de Maguncia; Martin, de Paderborn; Fessler, de San Poelten († 1872); Heinrich, Moulang y Häfner en Maguncia; los jesuitas Schrader († 1875), Schneemann, Kleutgen, T. Meyer, Roh y otros. Autores de tratados completos de este ramo son: Drey (en Tubinga, † 1853); Vosen (en Colonia, † 1871); Reinerding en Fulda y Hettinger en Wuerzburg. La «Vida de Jesús», de Strauss, fué refutada por Hug, Kuhn, Mack y Sepp; el escrito análogo de Renan por Haneberg, Heinrich, Michelis, Sepp y el convertido Daumer. La Dogmática, que Zimmer en Landshut y en parte también Seher querían adaptar á la filosofía de la identidad de Schelling, fué constantemente tratada en diversas obras tanto por su lado especulativo como por el positivo. Oberthuer en Wuerzburg se propuso en su Antropología de la Sagrada Escritura (1807 y años sigs.) explicar las nociones bíblicas del origen y de la naturaleza del hombre en exposicion especulativa y familiarizarlas entre las inteligencias ilustradas. Dobmayer (1807 sigs.) y Brenner (1817 sigs.) quisieron demostrar que el objeto principal de la Teología era desenvolver la idea del reino social de Dios, en la cual se había de penetrar con la Filosofía y la Historia, pensamiento que por Bittner (1845) é Hirscher († 1865) fué aplicado á la Moral. De mayor influencia fueron las obras de Liebermann (Maguncia, 1819 sigs.), Klee († 1849) y Staudenmaier († 1856).

Respuesta la Teología tradicional en el lugar de honor que le correspondía, gracias á las obras de Carlos Werner sobre Santo Tomás y Suarez, á los escritos del P. Kleutgen (Teología y Filosofía de los tiempos antiguos), á la Historia de la Filosofía por A. Stoeckl y al juicio que tomistas eminentes de ella hacían en sus cátedras, la doctrina de Santo Tomás tuvo, prescindiendo de las exageraciones de Plassmann, representantes muy dignos en Alemania, que de ningun modo merecían la nota con que se les tachaba de que aspiraban á restablecer toda la Edad Media, ni menospreciaban los adelantos de la época moderna, pero conservaban piadosos los sólidos cimientos que los antiguos maestros y escuelas pusieron á la ciencia de Dios. La mayor parte de los autores dogmáticos se ocuparon en la controversia acerca de la relación de naturaleza y gracia, fe y ciencia, filosofía y teología, disputándose sobre esta materia entre Kuhn en Tubinga por un lado, y por el otro Clemens en Muenster y C. v. Schaezler en Friburgo, mientras que Denzinger en Wuerzburg, coleccionador de las decisiones de la Iglesia y autor de una crítica abundante del protestante Thiersch, clasificó en sus cuatro libros del reconocimiento religioso (1856 sigs.) los diferentes sistemas y tendencias que en estas cuestiones se habían desarrollado. Dogmáticas completas fueron compuestas por Berlage en Muenster (1884 sigs.), Dieringer en Bona († 1876), Schwetz en Viena, Friedhoff y Staudenmaier, quedando por terminar las obras de Kuhn, Heinrich en Maguncia, Schieben en Colonia, Hurter en Innsbruck, Franzén en Roma (cardenal desde 1876), Oswald y otros. La Historia de los dogmas fué tratada despues de Klee (1837) por Schwane en Muenster, Zobl en Brixen, Bach en Munich, Woerter en Friburgo y J. A. Moehler. La «Simbólica», obra principal de este último autor, que salió por primera vez en 1832 é hizo época en la secular controversia entre protestantes y católicos, sufrió vehementes ataques por F. Chr. Baur, Nitzsch y otros protestantes, pero impuso aun á los que estaban fuera de la Iglesia el respeto que durante tantos años se había negado á la literatura teológica católica alemana yazonó ópinimos frutos para la evolucion de la ciencia y la práctica de la fe. Desde los combates suscitados á partir del 1870, el desarrollo de la Dogmática y la Historia de los dogmas ha sido grandioso por demás.

447. En el terreno de la Teología bíblica adquirieron justa nombradía los escritores siguientes: Leonardo Hug († 1840) y Adalberto Maier en Friburgo; Herbst († 1836), Welte, Feilmoser, Mack, Aberle († 1875), Himpel en Tubinga; Windischmann, Daniel Bonifacio Haneberg († 1876, siendo obispo de Spira), Reithmayr († 1872), Thalhofer en Munich (ahora en Eichstätt), Schegg en Freysing (despues en Wuerzburg y luego en Munich tambien), Jahn († 1816), Ackermann, Scheiner, Danko en Viena; Movers († 1856), Stern y Friedlieb en Breslau, Scholz en Bona, Kistemaker, Reinke, Bisping, Rohling en Muenster; Bade en Paderborn, Arnold en Tréveris, Holzammer y Hundhausen en Maguncia; A. Scholz y J. Grimm en Wuerzburg. Débense ediciones de la Biblia á Gratz, Scholz, Loch y Reithmayr; versiones de ella á Allioli († 1873, siendo preboste de la catedral de Angsburgo), cuya traduccion alcanzó la aprobacion pontificia, y á Loch y Reischl (1851 sigs.), despues de la edicion del Dr. v. Brentano (1828-1837), continuada por Dereser y Scholz y á las obras muy incorrectas de los hermanos van Esse y v. Glossner. — Con todo, el juicio general que se debe formar de los trabajos hermeneúticos de los católicos es que quedan aun muy por bajo de los de los protestantes, á que todavía no han podido dejar de consultar. Las literaturas siríaca y árabe fueron cultivadas especialmente por Gustavo Bickell y el P. Wenig en Innsbruck y Pio Zingerle.

448. Despues de las obras áridas y dedicadas principalmente á la exposicion de la Ética filosófica que Geishuettner, Reyberger, Schenk y Rieger escribieron para el estudio de la Teología moral, aparecieron tratados incomparablemente más elegantes que, con más atención á las leyes y normas positivas, fueron compuestos por Sailer (1817), Stapi (1832, 1841 sig.), Hirscher, Probst, Fuchs (1851), Ritter (1848, 1867), Jocham (1859), Dieckhoff, Martin, Bittner, Simar (1866-1877), Carlos Werner, Elger, Mueller en Viena (1873) y Prager en Eichstätt. Autores de monografías relativas á esta materia son Graf, Koessing en Friburgo (1868) y Stein en Wuerzburg. La Teología pastoral fué cultivada, despues de Gollowitz y Sailer, por Pohl en Breslau, Kerschbaum en S. Poelten, Schaech en Krommuenster, Zenner, Hinterberger, Zwickpenflug, Amberger en Regensburg, los liguorianos F. Vogl, Benger, Hayker, Probst, Buchler, J. Schmitt, Koessing y el popularísimo escritor y catedrático Alban Stolz en Friburgo; la Liturgia por Schmid, Lueft, Fluck, Probst, Koessing; la Catequística por Wintur (1811), Egidio Jais, M. Leonhard, Felbiger, Overger († 1826), Agustín Gruber, arzobispo de Salzburgo (1844), Hirscher, Schuster, J. Schmitt, Mehler y el jesuita Delharbe († 1871). Muchos de estos autores son tambien importantes para la Pedagogía, en la cual se distinguieron Dursch, Kellner, Ohler, Rollus y Pfistner, debiéndose mencionar entre los representantes antiguos de esta práctica ciencia á Cristóbal Schmid, Bernardo Galura, Vicente Eduardo Milde († 1856 siendo arzobispo de Viena), y de los modernos todavía á Alleker y Stöckl. La Homilética es representada por los nombres de Hirscher, Fluck, Lutz, Labrenz en Fulda, Zarbl en Ratisbona y por los jesuitas Schleiniger, Kleutgen y Jungmann. Los oradores más eminentes han sido ó son el obispo coadjutor Jaime Krafft de Tréveris, los obispos de Breslau v. Diepenbrock y Foerster, los arzobispos v. Geissel en Colonia y Rauscher en Viena, el obispo Wittmann de Ratisbona, J. Manuel Veith en Viena, el benedictino tirolés Beda Weber († 1869), Goetz († 1871) é Himmelstein en Wuerzburg, los jesuitas Roh († 1872), Lamezan († 1873), Hasslacher († 1876), Joseph († 1876) y Maximiliano de Klinkowstroem, Roder, Pottgitsser, Schmude y otros muchos.

449. El estudio del Derecho canónico, después de las obras de Frey (1812 sigs.) y Scheil (1823 sigs.), fue verdaderamente regenerado por Fernando Walter en Bona († 1870), el cual examinó con exactitud las fuentes antiguas, estudió su desarrollo histórico y representó la disciplina de la Iglesia con relación continua á las ideas fundamentales en que la basa. En 1823 apareció la segunda edición de su obra, inútilmente combatida por el josefino Brendel; en 1829 la cuarta, cuidadísima enmendada; en 1846 la décima; en 1854 la undécima; saliendo en adelante cada una con nuevos datos é ideas. Habíanse también publicado ya las obras sólidas de v. Moy (1830) y Phillips (1854 sigs.). Permanecer siguió á Walter atendiendo á las circunstancias peculiares de Baviera (1846 sigs.). Las ediciones posteriores de su obra fueron procuradas por su sucesor Silbernagl, mientras que F. Kunstmann, benemérito de la historia de las fuentes, compuso un compendio muy sucinto (1867). En Austria el Derecho canónico fué cultivado por Beidtel, Schoepf, Pachmann, Papp-Szilgyi, Ginzel († 1876), y sobre todo por el regente Aichner en Brixen (1861 sigs.), en Tubinga por Kober, en Friburgo por Buss y Sentis, en Heidelberg por Rosshirt y Vering (después en Czernowitz). El Derecho matrimonial fué tratado por Kutschker, Knopp, Uhrig, Haringer, y sobre todo por Schulte, el cual publicó también un Sistema del Derecho canónico, obra justamente elogiada (1856), y después compuso un tratado más breve de esta disciplina, cuyas ediciones recientes reflejan por desgracia la actitud viejo-católica en que su autor se ha puesto. También Gerlach escribió un buen tratado de Derecho canónico († 1865), como ya antes (1859) Phillips, cuya obra mayor ha quedado por terminar. Hueffer y Maassen se ocuparon, además de los ya citados autores, en la investigación de las fuentes del Derecho canónico. Á la solución de cuestiones particulares contribuyeron con sus publicaciones Seitz, Mueller, Binterim, Hirschel, Molitor, Maenchen, Strodl, el obispo Fessler, Diendorfer y otros.

450. Alemania nunca había descuidado los estudios históricos. En los primeros decenios del siglo XIX, los bávaros Lorenzo Westenrieder, Plácido Braun, Felipe J. v. Huth, Wiedemann y Hortig fueron obreros laboriosos y exactos en este ramo de estudios, en el cual adquirieron méritos insignes también muchos religiosos, aun en Austria, como el benedictino Dudik. Además de las obras de Historia Sagrada, citadas en el primer tomo de ésta, citaríamos aquí numerosas monografías si su profusión no nos hiciera tan difícil el clasificarlas. Consignamos todavía los nombres de algunos historiadores del estado secolar: J. Goerres, Hoeffler, Groefer († 1861), Fickler, Hurter († 1865), C. Will, Mone, Weiss, el diplomático austriaco A. de Huebner, el prusiano A. de Reumont, y de otros del estado sacerdotal: el obispo Greith de San Gall, Carlos Werner, Ginzel, H. Fessler en Austria, el obispo Raess en Strassburgo, el catedrático Floss en Bona, Janssen en Frankfurt, Dentinger, Kunstmann, Gaus, Bach, Friedrich (el cual no continuó su Historia de la Iglesia y es ahora campeón viejo católico), J. Marx en Tréveris, Duex, Schwab, Ruland, Reiningger en Wuerzburg, Remling en Spira († 1873), Rump en Muenster, Hagemann y Kellner en Hildesheim, Scharpf en Rottenburg, Steichele en Augsburg. Arqueólogos é historiadores del arte son Binterim, Bock, Boisserée, ambos Goerres (padre é hijo), Hebele, E. Kruell, F. J. Kraus, v. Rümohr, Jakobs en Regensburg, Schneider en Maguncia, Messmer en Munich; patólogos Moehler, Permaneder, Fessler (1850 sigs.), Alzog y Nirschl, Krabinger, Nolte, Denzinger, Hebele, Bach, Thiel, Peters, Dietrich y otros muchos estudiaron las obras de los Santos Padres y nos proporcionaron ediciones de ellas.

451. Como quiera que la prensa periódica y la publicística en general se erigiera en verdadera potencia, y que las cuestiones políticas discutidas en la vida pública de las naciones se mezclaran más y más con las controversias religiosas, los católicos tuvieron que pensar en neutralizar el influjo destructor de los diarios de sus enemigos. En esta nueva tarea que el siglo impuso á los católicos, J. Goerres y F. Schlegel fueron sus geniales guías y maestros. Después de un período de relativa insignificancia, que duró hasta 1848, la prensa católica se ha levantado muy alto y va todavía en constante aumento. Al lado de la «Angsburger Postzeitung», fundada ya en 1786, se puso en 1848 el «Mainzer Journal», que subsiste aún. La «Volkshalle», de Colonia (1848-1855), fué continuada por el diario «Deutschland», en Frankfurt (1856-1858), y cesando su publicación, fué sustituida, primero por las «Koelnische Blaetter», y después la «Koelnische Volkszeitung», la «Germania» en Berlin (desde 1871), la «Deutsche Reichszeitung» en Bona, la «Schlesische Volkszeitung» en Breslau y la «Deutsche Zeitung» en Maguncia. Á partir de la guerra franco-alemana y los combates religiosos de los dos decenios siguientes, centenares de periódicos provinciales de gran circulación y popularidad secundan eficazmente á los citados periódicos grandes en su campaña diaria.—Las revistas teológicas y las científicas en general llegaron mucho tiempo ántes á su período de florecimiento. Existieron de 1800-1814 la «Bamberger Theologische Zeitschrift», publicada por Batz y Brenner, y á su lado la «Katholische Literaturzeitung» de Felders, continuada por Mastiaux y luego por Fr. v. Kerz y Bernard, y de 1813-1826 la «Theologische Zeitschrift», dirigida por Frint y Pletz en Austria. En 1819 se fundó la «Tuebinger Theologische Quartalschrift», en 1821 «Der Katholik», en 1822 el «Religions und Kirchenfreund», bajo la dirección de Benkert y después de Saffenreuter y Himmelsstein; en 1828 la «Athanasia», publicada por Benkert y después por Dnex. En Offenbach empezó á publicarse en 1829 la «Kirchenzeitung», que después fué continuada bajo el epígrafe de «Herold des Glaubens» y la dirección de Pfeilschiffer (1836-1844). La «Bonner Zeitschrift für Philosophie und Katholische Theologie» (1833 sigs.) fué órgano de los hermesianos, y los «Giessener Jahrbücher für Theologie und christliche Philosophie» duraron tan poco tiempo como otras revistas análogas que salían en Muenster é Hildesheim. Más duradera fué la vida de las dos revistas vienesas, á las que siguió en 1877 la de Innsbruck. Phillips y Guido Goerres publicaron desde 1838 en Munich los «Historisch-politische Blätter», que fueron continuadas por Jörg y Binder y son ahora uno de los órganos más importantes de la Alemania católica. El «Archiv für katholische Literatur» (1842 sigs.), de Munich y la «Zeitschrift für Theologie» (1839-1848), de Friburgo; continuación de la «Zeitschrift für die Geistlichen der Erzdiocese Freiburg», de Friburgo; publicada por Hug; la «Sion», de Augsburg, dividida después en la «antigua» y la «nueva» (1832 sigs.); la «Wiener Kirchenzeitung» (1848 sigs.); el «Salzburger Kirchenblatt» (1850 sigs.); la «Katholische Wochenschrift», de Wuerzburg (1833-1857); el «Chilianeum», publicado allí mismo (1862-1866 y 1869); el «Archiv für katholisches Kirchenrecht» (1857 sigs.); el «Literarische Handweiser», de Muenster (1862 sigs.); el «Bonner Theologische Literaturblatt» (1866 sigs., neo-protestante de 1870-1877), sustituido en parte por la «Literarische Rundschau»; las «Stimmen aus Maria-Laach», publicadas por jesuitas alemanes desde 1871; los «Katholische Studien» de Huttler, en Augsburg, y los de Leon Woerl en Wuerzburg (1875 sigs.); y por último, los «Boletines Eclesiásticos» de las diferentes diócesis, informaron á los sabios de profesión y á los que por sus

estudios se interesaban por las publicaciones del día y de la literatura, dando cabida también á disertaciones más ó ménos valiosas, mientras que multitud de revistas más modestas miraban por los intereses religiosos del pueblo, por no hablar de las que se dirigían al mundo juvenil y de las ilustradas de lectura recreativa. El Diccionario enciclopédico de Herder trató de reemplazar las obras protestantes de esta clase que rebosaban de insultos á la Iglesia, así como los Diccionarios teológicos de Aschbach (Frankfurt 1846-1850) y de Wetzler y Weite (1847-1856) contrapesaban las enciclopedías de Herzog y otros.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 446 Á 451.

A. Biedermaier, Die kath. Presse Deutschlands. Freib. 1861. Leo Wörl, Die kath. Kirche. Würzb. 1875. Heinrich v. der Clans, Protest. Polemik gegen die kath. Kirche. Freib. 1874, dirigese contra Herzog's Encyclopädie y Hase's Handbuch der protestantischen Polemik gegen die kath. Kirche. 3.<sup>a</sup> Edic. Leipzig 1871. Contra este autor se dirige también Speil, Die Lehren der kath. Kirche gegenüber der protestantischen Polemik. Freib. 1865. Clarus, Literarische Hasenjagd. Paderbon 1860. Schulte, Fussangeln für protestantische Polemiker. Paderb. 1865. — Mayerhöfer, Alban Stolz nach seinen Schriften. Hügtele, Alban Stolz nach authentischen Quellen (estas dos obras Freib. 1884).

#### 6. El arte cristiano.

452. En el siglo XIX, comparado á los anteriores, puede consignarse un progreso grande en el arte cristiano, aunque despues de un período de florecimiento admirable, ha empezado ya la estancacion y hasta un retroceso parcial. En Francia fué el pintor David († 1825) quien primero volvió á las formas nobles de la antigüedad huyendo del amaneramiento rígido de los dos últimos siglos. Hipólito Flandrin levantó la pintura religiosa, Montalembert y Rio († 1872) cultivaron un gusto más refinado para las artes en general. Viollet le Duc, también sabio, dirigió la restauracion de la Sagrada Capilla y de la Iglesia de N. S. en París. Volvióse á fabricar en París y Lyon muebles de Iglesia de buen gusto segun los modelos del arte antiguo, imitáronse felizmente las antiguas miniaturas é hicieronse excelentes obrutas plásticas. Corblot publicó en París una «Revue de l'art chrétienne». El jesuita Lambilotte mereció muy bien del canto eclesiástico, asimismo Coussemaker y Fétis en Bélgica. — En Italia la música y el canto religiosos se hallaron en honda decadencia, si se prescindie de la capilla pontificia, mientras que nunca faltaron poetas eminentes, como Silvio Pellico († 1854) y Alejandro Manzoni († 1874). Italia habia decaído de su anterior altura en todas las producciones del arte, y en Roma misma fué menester que los artistas alemanes, que en mayor número que ántes allí se establecieron, depurasen el gusto, señalándose entre ellos Federico Overbeck de Luebeck († 1869), los austriacos Fuehrich y Platz, Wagner de Wuerzburg y algunos otros. Las mejores obras plásticas salieron de la mano del veneciano Anton Canova en Roma († 1822), á quien Tenerani cedía si no en la fama en el mérito, y el alemán Achtermann no le era muy inferior. La Iglesia de S. Pablo de Roma, restaurada con tanta magnificencia, no puede compararse con la Catedral de S. Pedro en la fábrica ni en el ornamento escultural ó pictórico. Fuera de Roma se desatendía también al arte religioso, cuyos tesoros antiguos

debían satisfacer la imaginación, sin que siempre se supiera restaurarlos con acierto ni ampararlos siquiera en todas partes de la destruccion, y menos que ántes en la Italia unida de Víctor Manuel. — Más marcado aun fué el decaimiento del arte en España, quebrantada y empobrecida por una serie de guerras y revoluciones, mientras que en Inglaterra Scott y A. Pagin infundieron nuevo aliento al arte cristiano germánico.

453. También en el arte Alemania aventajó á los otros países. El rey Luis de Baviera principalmente alentó á los pintores, arquitectos y escultores, con cuyas obras embelleció su residencia. Las catedrales de Spira, Bamberg y Ratisbona experimentaron el cuidado generoso del rey artista, que estimaba igualmente las obras maestras de la antigüedad que las de la Edad Media y las hacia imitar con suerte; la Iglesia parroquial gótica de la Au y la Catedral de S. Bonifacio fueron edificadas por orden suya. Los más eminentes arquitectos fueron Leopoldo de Klenze y F. de Gaertner; los escultores más célebres Luis Schwanthaler († 1849), que reveló en algunas de sus obras un ingenio afín al del insigne danés Thorwaldsen († 1844); los pintores más distinguidos Pedro Cornelius de Duesseldorf († 1807), Hess († 1863), Schraudolph y Seitz. La pintura vítrea, casi olvidada en los siglos anteriores, resucitó así en Munich y en las orillas del Rhin como en Berlin y Bruselas. En las provincias rhinianas de Prusia, las corrientes artísticas originaron un renacimiento vigoroso. La escuela pictórica de Duesseldorf, cuyas celebridades empiezan con el maestro Schadow († 1826), produjo obras notables bajo la direccion de Settegast: é Ittenbach, causando admiracion los frescos de Deger y A. Mueller, las pinturas al óleo de Bendemann padre é hijo y los grabados en cobre de Keller († 1873), Felipe Veit († 1877), Ed. Steinle en Frankfurt y Plantz en Roma emularon al discreto Overbeck. Cultivándose la tendencia romántica por Boisserée y Goerres, el estilo gótico, cuyo estudio fomentaba Agustín Reichensperger, fué con buen gusto imitado en muchas construcciones modernas. La grandiosa Catedral de Colonia fué, despues de tantos siglos de inaccion, continuada bajo la proteccion del rey Federico Guillermo IV de Prusia por los maestros Zwirner y Voigtel. Huebsch en Carlsruhe abogaba todavía con entusiasmo por el estilo romántico. Entre los mejores arquitectos se cuenta aún á Heideloff en Nuringberg, Schmid en Viena, Statz en Linz y Cuypers en Amsterdam. La reaccion contra el antiguo estilo churrigüesco, las investigaciones en la historia del arte y la utilidad que los descubrimientos modernos aportaban á la técnica, son las causas externas más importantes á las que se debe el desarrollo feliz de las artes plásticas. Un órgano para el arte cristiano fué fundado en 1851 por el pintor coloniese Federico Baudri († 1874), y otro para la ornamentacion de las iglesias en 1856 por los clérigos wirttembergenses Laib y Schwarz. Con todo, el predominio del materialismo, la afición de la generacion actual á la sensualidad desnuda y la petulancia del orgullo nacional alimentado por los triunfos políticos de Alemania retrajeron á los artistas en los últimos decenios de los ideales que habían inspirado á sus maestros á mediados de este siglo; el genio creador se posaba sobre pocas frentes, y los príncipes escatimaban sus favores al arte cristiano. La pintura se profanó hasta entre los discípulos de Cornelius, como Guillermo Kaulbach († 1874), Austria perdió su más eminente pintor religioso á la muerte de José Fuehrich († 1876), y la escuela de artes que existía en Beuron quedó arruinada. Una vez emancipados de la ortodoxia rígida, los protestantes rivalizaron con los católicos, particularmente en Berlin y Dresde, si bien el arte profano tuvo más representantes que el religioso, y desde 1871 la tendencia materialista entur-